

¿Y si simplemente se tratara de un espejo?

En pleno siglo XXII, las apariencias están a la orden del día. Vivimos en la era del “postureo”, donde todos los adolescentes ingenuos tratamos de aparentar algo que no somos en nuestros perfiles de redes sociales. En la era de la “desinformación”, donde no se cuenta la verdad, o toda la verdad, y los periódicos están inundados de “fake news” o periodistas poco sinceros. Es la era del marketing, donde la publicidad tiene un papel protagonista para sostener nuestra sociedad de consumo insostenible. Desde esta visión simplista, que no simplificada, parecería evidente que se trata de la era del engaño, imperada por las apariencias.

No está muy claro qué entendemos por apariencia. La RAE la define como “aquello que parece y no es”. Según los catedráticos de la Real Academia, es evidente que estas apariencias, por tanto, son fuente de engaño, ya que el “no ser” se opone al “ser”, al igual que lo falso se opone a lo verdadero, y no puede considerarse una fuente de conocimiento. Sin embargo, no es tan sencillo.

Este interrogante dista mucho de ser nuevo. Allá por el s. V a.C., los primeros filósofos ya se lo plantearon. Desde entonces, son muchos los autores que a lo largo de la Historia de la Filosofía han tratado de dar explicar de forma clara el concepto de apariencias. Es evidente que ninguno lo ha conseguido, pero las distintas posturas propuestas, en ocasiones incluso contradictorias, nos sirven todavía, y ahora más que nunca, para reflexionar.

Tenemos, por ejemplo, la figura de Platón, partidario de un dualismo ontológico y epistemológico. Según él, vivimos en un mundo de meras apariencias, el Mundo Sensible, donde es imposible llegar a la verdad. La realidad se encuentra más allá, en el Mundo de las Ideas, alcanzable únicamente por la razón. Su alumno, Aristóteles, no estaba muy de acuerdo con esta propuesta. El filósofo macedonio defendía que, separando los accidentes, podemos encontrar la substancia, la verdadera realidad y objeto de conocimiento. La realidad, por tanto, está más allá de lo físico, más allá de los accidentes, pero en un único mundo: el sensible.

En la Edad Moderna aparece Descartes, un racionalista un tanto radical que rechaza casi por completo cualquier dato obtenido por los sentidos. Este pensador francés estaba convencido de que las apariencias, indudablemente, son fuente de engaño. Para alcanzar un conocimiento verdadero, es necesario guiar a la razón mediante un método seguro, partiendo de un primer principio claro y distinto: el “cogito”. No podemos partir de las apariencias pues, como en ocasiones resultan engañosas, no son ideas claras y distintas que puedan conducirnos a la verdad. En el otro extremo encontramos a Hume. Este filósofo empirista defendió efusivamente que todo nuestro conocimiento procede de la experiencia, de las impresiones sensibles. Las apariencias, por tanto, se convierten en la única fuente de conocimiento.

Ante semejante disyuntiva, la síntesis kantiana es recibida como un soplo de aire fresco, Kant aúna lo mejor del Racionalismo y del Empirismo, pero su aportación más original es el “giro copernicano”. Opta por situar al sujeto, y no al objeto, en el centro del conocimiento. Cada uno de nosotros, mediante la sensibilidad o “estética” y el entendimiento, puede conocer el “fenómeno”, una representación de las cosas, pero nunca las cosas como son en sí, el “noúmeno”.

Y por último, podemos hablar de uno de los filósofos más influyentes de nuestro país: Ortega y Gasset. Este intelectual del s. XX era partidario de una realidad múltiple, compuesta por una suma de perspectivas. Esta teoría se conoce como Perspectivismo.

Habiendo repasado algunas de las teorías más influyentes de la Historia de la Filosofía, queda demostrado por qué es imposible formular una respuesta clara y evidente para el interrogante planteado. Entonces, ¿qué debemos pensar? ¿las apariencias son fuente de conocimiento o de engaño?

No podemos caer en el escepticismo, no vale quedarse de brazos cruzados. En primer lugar, cabe decir que las apariencias no pueden engañarnos, porque técnicamente no son sujetos que tengan la capacidad de engañarnos. Tampoco podemos afirmar que como tal sean fuente de conocimiento, pues no nos enseñan nada si no queremos verlo. Es el propio sujeto quien decide qué uso hacer de estas apariencias. Todas las personas contamos con un entendimiento y unos sentidos que nos permiten decidir qué queremos o qué no queremos ver en estas apariencias. Si consideramos que son veraces, pasarán a ser reales para nosotros. Y a la inversa: si creemos que mienten, serán un engaño, serán falsas.

Las apariencias son una fuente valiosísima de información, porque nos muestran diferentes “perspectivas” de una misma realidad. En este sentido, sí que pueden ser fuente de conocimiento. De nuevo, es el propio sujeto, somos tú y yo, quien puede ver en las apariencias lo que desea ver. Porque no vemos las cosas como son, las vemos como somos.

Se trata, simplemente, de un espejo. ¿Con qué ojos estamos dispuestos a mirar?

Amaya Vizmanos, 2º de bachillerato.